



La Divina Misericordia

Parábolas de la Misericordia de Jesús

Las Parábolas de la Misericordia de Jesús son una serie de narraciones de Jesús que constituyen el “Corazón del Tercer Evangelio” del evangelista Lucas. Estas son: Parábola de la Oveja Perdida; Parábola de la Moneda Perdida; y Parábola del Hijo Pródigo. Estos relatos son parte de la colección cristiana denominada: “Las Parábolas de Jesús”. En su estructura gramatical estas narraciones bíblicas exponen la grandeza espiritual y Divina de un Dios misericordioso, quien es capaz de perdonar todos los pecados de los humanos. A pesar de que, paradójicamente, muchos de esos errores son considerados

imperdonables entre diversos miembros de la gran Familia Humana. Es el inmenso amor que siente nuestro Padre Dios hacia nosotros, que se manifiesta a través de su compasión y perdón.

Todo el majestuoso reino de los cielos fue creado por Altísimo con amor, y por su inmenso amor hacia el mundo entero. Somos parte de su creación, por tanto, procedemos de Él, de su esencia Divina. Somos pequeños gigantes hijos de un Padre poderoso, misericordioso y amoroso. Fuimos creados para hacer cosas grandes, extraordinarias, que eleven nuestro nivel de consciencia espiritual, y eso nos permita permanecer unidos a nuestro Creador. Estamos en este mundo para construir cosas nuevas y buenas, beneficiosas para todos; sobre todo, del agrado del Señor. Hechas sin egoísmos ni deseos lucrativos. Son esas cosas las que deleitan a nuestro Padre Dios. Entonces, de acuerdo a lo antes expresado, ¿qué conclusión obtenemos de nuestra analogía con el Creador? Que nuestra grandeza radica en la esencia Divina que nos une a Dios, a través de nuestros corazones y espíritus, y no en nuestra composición material.

De manera que, un corazón grande puede llenar el mundo de amor. Un gran espíritu puede transformar el más alto nivel negativo del mundo, en el más positivo y elevado amor. El poder del amor y el del espíritu pueden cambiar el mundo. Vivamos en armonía con Dios, y ayudémoslo a mantener su creación en buenas condiciones, tanto espirituales como físicas. Pero siempre conscientes de lo prioritario, el amor y la unión entre todos los seres humanos. Un corazón que ama no alberga odio, rencor, deseos de venganza, traición; egoísmo, envidia, perfidia, y todos esos bajos sentimientos que nos alejan de nuestro Padre Dios Todopoderoso y Eterno.

Mostremos al Señor corazones limpios, libres de pecado, para poder disfrutar de su amor y dones Divinos. También, para ayudarlo a mantener

su universo libre de contaminación, perversión, corrupción. Si presentamos al Altísimo lo mejor de nosotros mismos, lo veremos venir alegre, lleno de esplendor y gloria. De lo contrario, el Señor nos disciplinará y se cumplirá lo expuesto en el capítulo dieciséis de San Juan, en el cual Jesús dice: **“Cuando Él venga, convencerá al mundo de pecado, de justicia y de juicio. ⁹De pecado, por cuanto no creen en mí. ¹⁰De justicia, por cuanto voy al Padre y no me veréis más. ¹¹De juicio, por cuanto el príncipe de este mundo ha sido ya juzgado”** (Juan 16:9-11).

Nuestro Padre Dios espera de nosotros gratitud, obediencia, humildad y, especialmente, le amemos en la misma medida que Él nos ha amado. Las tres parábolas sobre la Misericordia de Jesús presentadas por el evangelista Lucas, son sólo simples paradigmas de compasión del Sagrado Corazón de Jesús. El Señor siempre ha mostrado muchísima misericordia a toda la raza humana. Así lo manifestó durante su tiempo de vida material, y luego lo ha mostrado a las sucesivas generaciones después de su partida de este mundo. El Señor nos sigue amando y perdonando, a pesar de todas las ofensas que le hacemos mediante nuestros pecados. Partiendo del amor y veneración que la mayoría de la gente le profesa al dinero, en todos los tiempos, el cual es fuente de todo tipo de malignidad; y siguiendo con la ambición y el deseo de poder que corrompe, día a día, a muchos corazones.

Asimismo, existe un intenso abuso, generado por mentes enfermas, y vicios que no solo dañan cuerpos y mentes de personas, también, las conducen a niveles elevados de corrupción. A todo eso debemos agregar el desamor y egoísmo, elementos reinantes de todas las sociedades del mundo. El amor y misericordia de nuestro Jesús son excelsos e ilimitados. Es por eso que su Divino corazón siempre se compadece de todos nosotros; más aún, escucha nuestras suplicas y atiende a nuestros

pedidos. Nuestro amado Dios siempre está dispuesto a ayudarnos. Incluso, Él envió a su hijo Cristo Jesús para conducirnos por el camino de la salvación espiritual y servirnos supliendo nuestras necesidades materiales por dadivas celestiales.

Jesús dijo:

“Porque el Hijo del hombre no vino para ser servido, sino para servir y dar su vida en rescate de muchos” (Marcos 10:45).